

Estrellas frente al espejo

El cuarto está pintado de blanco. La alfombra azulina tiene algunas manchas de mermelada de durazno. Un rayo de sol se filtra a través de las cortinas de la ventana y atrapa un encanto inquieto de pelusas bailarinas que se agitan, de repente, cuando alguna brisa remueve el aire. Una pelota de cuero asoma desde un baúl desbordante de juguetes destartados y hambrientos de novedad. A un lado, unos cuantos lápices de colores dormitaban entre una montaña de indescifrables garabatos y bucles de madera. Más allá una persecución estática de policías y ladrones que deja a su paso dos accidentes entre descascarados autos de colección y el flamante camión de madera. En un rincón hay un perchero azul y en él, un delantal a cuadritos azules y blancos con un salpicón de témpera sobre el nombre bordado en el bolsillo repleto de papeles de caramelos y una bolsita con una jabonera y un cepillo de dientes. La tapa de *Pinocho*. Revistas de algún súper hombre de viñetas y dibujos. Y un reloj cuyas agujas se unen justamente en la nariz del Ratón Mickey.

Junto a una irregular mancha de humedad hay un espejo rectangular pendiente de dos clavos que asoman de una de las paredes. Tiene una calcomanía pegada, de  sas que vienen en los chicles de tutti-frutti. Parado en un banco frente al espejo está Santiago sacando la lengua que le quedó toda pintada de verde por el chupetín que le trajo su papá en el bolsillo del saco del traje gris. El flequillo castaño en-sortijado y revuelto le cae sobre la

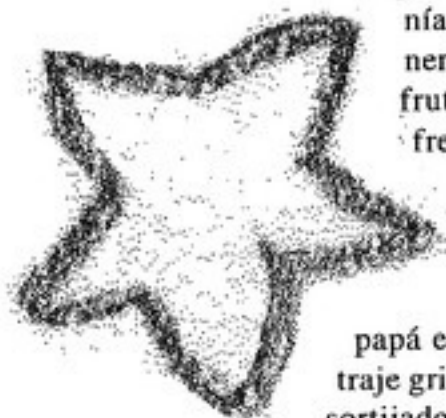
frente. La nariz exhibe una avalancha de pecas. Los cordones est n desatados y un rasp n colorea una de las rodillas.

Saca la lengua; se ve y le da risa; hace morisquetas, frunce la nariz; se r e. Contento se mueve y se agacha y se vuelve a parar porque arriba el espejo le ensancha la cara y un poco más arriba le agranda la boca.

Tiene estrellas en los ojos, muchas estrellas que saltan y juegan, que a veces lloran y p caras se escapan rodando por las pecas cuando Santiago se cae de la bici roja, pero enseguida vuelven a su lugar y no se van porque les gusta muchísimo aquellos ojos de pupilas inquietas, haciendo rondas en el iris diáfano, llen ndolos de luz para que puedan encontrar a Azul, la Reina de la Hadas que vive en las margaritas del jardín, o a Ariel, el travieso duende que le roba masitas de chocolate a mamá.

A un lado de la cama hay un payaso relleno de gomaespuma que tiene los brazos largos y como pesados, la nariz grandota medio descosida y los restos de pelo anaranjado todos revueltos. Apoyado sobre la almohada está el inseparable oso, que alguna vez fuera blanco, con los ojos hundidos en el peluche, perdido en uno de esos sueños que, seguramente, Santiago se dejó olvidado entre las sábanas.

Aquella habitación es todo un mundo, todo un planeta que una personita que atrapa estrellas frente al espejo recorre cada día, invade, destroza, construye, remueve. Está lleno de magia que nunca se acaba; está all  encerrada en un rayo de sol con pelusas



bailarinas.

Esa siesta es igual que todas. Silenciosa y con olor a travesura. Es igual que todas...

Santiago se para frente a la puerta, la mira. Hay un garabato hecho con ceritas casi a la altura del suelo; tal vez recuerda. Espiando por la cerradura ve un montón de luces. Algunas están quietas, otras bailan, otras hacen rondas, las de más allá son como un arco iris. Casi siente que las luces lo llaman; lo invitan a jugar. Tiene ganas de ir.

La curiosidad le late debajo de la remera. Las estrellas saltan más que nunca y se asoman todas juntas por las papilas. Ayudado por el banco descuelga la bolsita del perchero. Con ceremoniosa picardía, casi seria, guarda algunos lápices de colores, de esos que se quedan dormidos en el suelo; también debería llevarse una de esas revistas del súper hombre de viñetas y dibujos, y a su oso, que alguna vez fuera blanco, por supuesto; de lo contrario no podrá dormir y llorará a la noche; y vendrán papá y mamá para calmarlo, pero él va a querer a su oso, así que mejor se lo lleva.

Vuelve a espiar por la cerradura. Sonríe con los ojos. Le da un beso al payaso relleno de gomaespuma que lo mira casi triste entre los bucles anaranjados, a pesar de su sonrisa grandota. Se concentra unos instantes en el reloj del Ratón Mickey; no sabe leer la hora, sólo sigue el acompasado caminar de las agujas que vuelven siempre al mismo lugar. No sabe leer la hora. El tiempo no pasa. Ni siquiera existe.

Se mira en el espejo. Pega con el pulgar una de las puntas de la calcomanía que se está saliendo, dejando así su huella invisible; acomoda el flequillo; pone aire de aventurero y vuelve a mirarse la lengua que todavía está verde.

Se acerca hasta la puerta. Estirándose un poco alcanza el picaporte. Abre apenas un poco. Una brisa demasiado fuerte irrumpe con violencia en la habitación blanca, revolucionando las pelusas bailarinas encerradas en un rayo de sol, desintegrando el encanto, echando para atrás el flequillo de Santiago que desaparece de la superficie de la frente. La abre toda. Aquel resplandor le hiere los ojos; algo doloroso se lanza en sus retinas. Las estrellas mueren.

Por un agujero en la bolsita a cuadros se escapa el lápiz amarillo y asoma la mitad del violeta.

Santiago está como cegado.

Da unos pasos cortos. Casi se cae. Casi se cae y se ata los cordones que tienen las puntas deflecionadas y se sube las medias. Quizá tiene miedo, pero está contento.

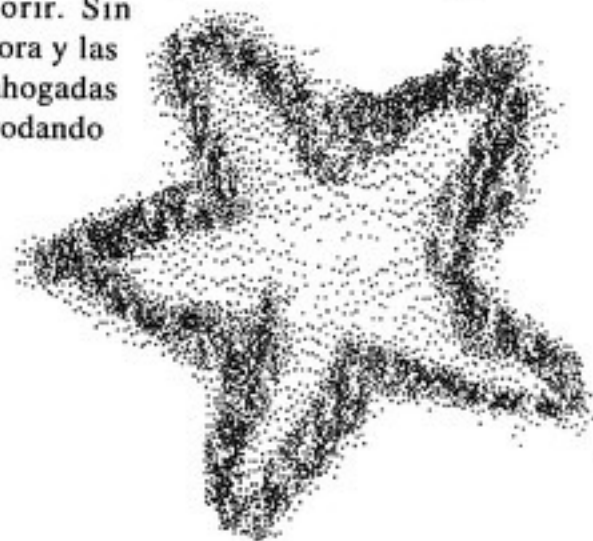
Las luces lo marean un poco y aunque ya se acostumbró, sigue encandilado.

Camina y va hacia arriba. Porque en aquel mundo todo está arriba. Santiago está extasiado y espía todo. Quiere llegar hasta allí, a las alturas. Las personas corren y, a veces, lo empujan, lo atropellan, lo arrastran. Sigue perdiendo los lápices de colores y no se da cuenta.

Pasa por una vidriera y se detiene; está llena de signos pesos y de números grandes y chicos. No entiende.

Su abuela le dio un papel con garabatos grises el día que vino de visita. Era él quien le regalaba dibujos a su abuela para que los pusiera debajo del vidrio de la mesa del living. No entiende; parece que ese rectángulo tiene la cara de un señor que lo mira serio; que lo ayuda a llegar hasta arriba, donde vive el mundo.

En la vidriera muy iluminada hay un espejo grande. Santiago se mira; se ve más estirado, más largo, más alto. Saca la lengua que ya no está más verde y no le da risa. Entonces busca las estrellas para que lo ayuden a encontrar a Ariel o a la Reina de las Hadas, pero están muertas. Aunque Santiago no sabe bien lo que quiere decir morir. Sin saber por qué, llora y las estrellas se van ahogadas entre las pecas, rodando





dentro de una lágrima. Pero esta vez no van a volver porque Santiago no volverá a caerse de la bicicleta roja.

Una ráfaga que no mueve pelusas bailarinas encerradas en un rayo del sol se lleva la revista del súper hombre de viñetas y dibujos. Alguien le enseñó a leer los globos blancos. Se vuela. Se fue.

Quizás intenta retroceder, pero no puede. Su planeta blanco con una mancha de humedad le queda chico como el pantalón que tiene parches en las rodillas.

Vuelve a verse en el espejo. Una lágrima repleta de estrellas recorre las pestañas próxima a caer. Al final de la pupila hay algo que todavía brilla. Tiembla temerosa la última estrella con su luz casi opaca tratando de encontrar al duende.

Santiago se seca la cara; hasta intenta sonreír. Mira unos instantes la luz con la nariz casi pegada a la otra nariz del espejo. Después se pone serio. Esconde el último despojo de su tesoro arrebatado al final del iris donde nadie lo vea, donde ya no se pierda, escondido para que no se muera, para que nadie sepa que existe, para que ya no se escape con las lágrimas, para que nadie lo mate. Porque Santiago no sabe bien lo que quiere decir morir pero tal vez sí sepa lo que significa matar.

Se sube las medias y comienza a caminar; camina cada vez más rápido, más rápido. Se le cae el oso, que alguna vez fuera blanco, en el camino donde Santiago olvida todos los sueños que le fueron matando —porque él no sabe bien lo que quiere decir morir, pero tal vez sí sepa lo que significa matar—; pero no se



da cuenta; después de todo, esta noche no llorará.

Camina cada vez más rápido, más rápido; de repente está corriendo; y corre como todos, hacia alguna parte y empuja sin saber a los que están abajo, a esos que se escaparon de alguna habitación blanca con una mancha de humedad para ir a jugar con las luces mentirosas

Y corre por allá arriba porque llegó. Y corre porque siempre se le hace tarde, porque el tiempo sí pasa con sus culpas a cuestas, porque las agujas del reloj no vuelven siempre al mismo lugar y ya no se unen en la nariz del Ratón Mickey.

Y corre con una corbata que casi lo ahoga y con un portafolios negro lleno de garabatos grises y con un montón de rectángulos que tienen la cara de un señor serio en el bolsillo del pantalón y con un chupetín verde en el bolsillo del saco del traje gris.

Corre, todavía encandilado, con los ojos opacos.

Corre con una estrella escondida en algún lugar donde no encuentra al duende, en algún jardín sin margaritas donde enterraron a las hadas; con una estrella que no murió, pero que nadie sabe que existe.

Ni siquiera Santiago la recuerda porque está demasiado ocupado corriendo por las alturas de aquel mundo sin pelusas bailarinas encerradas en un rayo del sol, porque está demasiado ocupado como para buscarla frente al espejo. Porque ya ni siquiera sabe si es él quien se refleja en el espejo helado de aquella habitación mustia.